

RESOLUCIÓN APROBADA
XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL CJE
Mérida, 2, 3 y 4 de mayo de 2008

EXPONEMOS:

La ocupación china del territorio del Tíbet a principio de la década de los cincuenta significó, en un primer momento, el comienzo del conflicto y, después, durante los años sesenta, la amputación de más de la mitad de su territorio. Pese a esto, la Región Autónoma del Tíbet abarca todavía una superficie de 1,2 millones de km² y su altitud mediana es de 4.000 metros. El argumento esgrimido por China para justificar la ocupación es la pertenencia del Tíbet al imperio chino durante la dinastía Qing (1644-1911). Sin embargo, los motivos reales de la invasión hay que buscarlos en los múltiples intereses económicos –yacimientos, recursos forestales- y estratégicos, puesto que el Tíbet es un territorio clave por poder hacer frente a la otra potencia regional, la India.

Confortablemente instalados detrás de las vertientes del Himalaya, el Ejército Popular de Liberación de China bloquea cualquier intento de expansión de la India hacia el norte. Por otro lado, el control del Tíbet occidental abre a Beijing un corredor hacia el golfo Arabepérsico.

La armada china, propietaria de la meseta tibetana, mantiene en este territorio inmensas explotaciones agrícolas y ganaderas, ha comercializado la madera, y al mismo tiempo que la utiliza como cementerio nuclear, construye carreteras y embalses según le convenga y explota los yacimientos mineros de oro, uranio y metales no férricos. La ocupación del Tíbet ha permitido a la República Popular China contar con 2,5 millones de km² más de territorio, en el cual la densidad de población es 150 veces inferior a la media china.

La ocupación se ha materializado en un intento continuado por parte de los diferentes gobiernos chinos de destruir la identidad nacional, cultural y religiosa del Tíbet mediante todo tipo de prohibiciones y restricciones de intensidad variable según las épocas pero siempre ha comportado la tortura, el encarcelamiento o la ejecución bajo la acusación de traición a la patria. Su obsesión por destruir monasterios y acabar con las ceremonias que se celebran se explica por el papel fundamental del budismo en el nacionalismo tibetano. Los templos han sido virtualmente los únicos elementos de la sociedad civil desde los que se han articulado los movimientos independentistas en una sociedad profundamente religiosa como es la tibetana. De otro lado, la esencia misma de las prescripciones budistas de armonía con el entorno choca frontalmente con el proceso de desarrollo económico impuesto desde Beijing. La concesión el 1984 del Nobel de la Paz a su máximo líder político y religioso, el Dalai Lama, junto con el interés creciente de los occidentales por la filosofía budista, pero también su instrumentalización como arma de presión contra la China, hacen que la cuestión del Tíbet atraiga la atención internacional de manera recurrente. Las condiciones en aquel país han empeorado desde que el Comité Olímpico Internacional concedió a Pekín, durante el año 2001, la organización de los Juegos Olímpicos del próximo julio.

El creador de los juegos olímpicos, Pierre de Coubertin, consiguió el sueño de unir en una extraordinaria competición a los deportistas de todo el mundo, bajo el signo de la unión y la hermandad, sin ánimo de lucro y sólo por el deseo de conseguir la gloria, competir por competir y como él decía: "lo importante es participar".

En estos juegos olímpicos no habrá ni unión ni hermandad. Todo el contrario, unos juegos olímpicos manchados por la represión, por las muertes y por la falta de libertad de un pueblo que hace del pacifismo la auténtica herramienta de transformación social.

En la situación actual y sin un cambio en la dinámica del Gobierno de China, lo importante es no participar, como así propugnaría su creador si viera esta situación.

Por esta/s razón/nes proponemos:

- Instar al Gobierno Estatal a condenar estos ataques virulentos y sin razón al Tíbet.
- Instar al Gobierno Estatal, a través de la delegación de Gobierno, a rechazar estas acciones y boicotear la inauguración y los actos políticos de estos Juegos Olímpicos si no se produce un cambio de actitud radical de la China hacia el Tíbet y de los Derechos Humanos.
- Exigir al COI un nuevo compromiso para que esta situación no se vuelva a repetir, eligiendo un país que respete los Derechos Humanos.